

Y el aplauso es seguro.

En la escena siguiente dice usted, ó hace que Haroldo diga:

¡Necio! ¡Conmigo luchar!
Ya verá toda su maña
De qué le sirve. Y *sin saña...*»

¡Es claro! Sin *saña*, aunque no sin ripio.

Un hombre que está loco furioso, y que no conoce otro sentimiento que el de la venganza, ¿qué cosa más natural, teniendo que concertar con *maña*, sino que obre *sin saña*?

Así le gustan á usted las cosas, sin *saña*, y sin sentido común y todo.

Después, entre el bárbaro y la muchacha dicen:

AURELIA. —Perdona.
HAROLDO. —¿Quién es?
AURELIA. —¿Haroldo?

(Ya vendrá el rescoldo: no hay cuidado.)

HAROLDO. —Aurelia.
AURELIA. —Yo soy... venía...
HAROLDO. —Sí, la noche está muy fría,
Quédate junto al *rescoldo*.»

Bueno, pues que se quede.

Y dejemos también *junto al rescoldo* la leyenda trágica y los versos de usted, porque al cabo, aunque surta una chispa y se quemén, no se pierde mucho.

X.

Lamentábase amargamente de su desgracia un ciego en una romería, por no poder gozar del espectáculo que, según el murmullo animado de la gente, debía de ser magnífico; y el monacillo le decía por consolarle: «Ande usted, mi amo, que ¡para lo que hay que ver!»

No sé yo si al ciego le parecería muy consoladora la reflexión del monacillo; lo que sé es que, para ver ciertas cosas que se ven en el mundo, casi era mejor no tener vista.

Figúrense ustedes, que hace unos años *salíme yo una mañana*, no al primer reflejo del sol precisamente, ni creo que al segundo, sino al tercero ó al cuarto, y no tampoco por la puente segoviana, sino por la Carrera de San Jerónimo.

El caso es, que con esta bendita afición á las letras, que apenas me deja vivir, me acerqué al escaparate de la librería de Fernando Fe, á ver qué había de nuevo.

¡Y lo que ví, vive Dios,
Que me hizo estremecer!...

¡Un número de *La Ilustración Española y Americana*, entre cristales, con un soneto de D. Pedro Madrazo debajo de todos estos rótulos:

LA CARIDAD AL USO

ó sea

EL HIPODROMO DE PARIS.

EPIGRAMA....

¿No les parece á ustedes que había motivo para temblar?

Lo primero cuatro renglones de título; después un trozo de impresión con forma exterior de soneto; debajo la firma de un académico de la lengua, y todo.... ¡en *La Ilustración Española y Americana*!

Las señas eran mortales.

Temblando y todo, comencé á leer el soneto-epigrama de D. Pedro, que decía:

«O Satán se convierte á Jesucristo,
O se quiere que Cristo al diablo adore...»

¿Qué saldrá de aquí, de este contraste? Vamos á ver:

«O Satán se convierte á Jesucristo,
O se quiere que Cristo al diablo adore,
Pues ley que más cautive y enamore
Que la moderna Caridad, no he visto.»

No, ni yo he visto tampoco mayor falta de ilación y de sindéresis.

¡Qué tiene que ver, diga usted señor D. Pedro, qué tiene que ver que Satán se convierta á Jesucristo ó que se quiera que Jesucristo adore á Satanás, con que usted haya ó no haya visto ley que cautive y enamore más que la caridad moderna, que tampoco es ley ni cosa parecida?

¿No estudió usted lógica, señor D. Pedro, en el antiguo Seminario de Nobles?

Me parece haber oído que sí. Pero si usted la estudió ¿cómo la ha olvidado tan completamente?

¡Si será verdad que al entrar en la Academia olvidan todo lo bueno que saben los que saben algo!

Aunque así fuera, ni Pidal ni Comelerán habrían podido olvidar nada, ¿eh? dicho sea de paso; pero usted ha podido olvidar la lógica que le enseñaron los padres jesuitas.

Que de seguro no le enseñaron á usted á hacer entinemas como este:

«No he visto ley que más cautive y enamore que la moderna caridad; luego.... ó Satán se convierte á Jesucristo, ó se quiere que Cristo adore al diablo.»

Que es igual que aquel otro que se usa en los seminarios para burlarse de las consecuencias falsas:

«En el cielo aparecen nubarrones,
Luego la burra tiene sabañones.»

¡Vaya con el señor D. Pedro!

El segundo cuarteto dice:

«Ley de Amor, mas sin cruz.....»

Antes de pasar adelante, ¿se puede saber, señor D. Pedro, por qué ha puesto usted ahí *Amor* con a mayúscula?

Verdad es que también en el primer cuarteto puso usted Caridad con ce grande. Y eso hablando de la moderna *caridad*, de la caridad falsa; con que si llega á ser caridad verdadera.....

Siga usted.

«Ley de Amor, mas sin cruz; código mixto
De cristiano y gentil, *porque no llore*
La prole de Lutero y de la *Bore*
Rigores de Filipo y papa Sixto.....»

¿Entiendes alguna cosa, lector de mi alma?.....

¿Dices que no?..... Pues yo tampoco.

Por lo cual sería bueno que el mismo don Pedro nos lo explicara, si lo entendiera.....

Pero no lo hará, y es menester que yo te diga lealmente lo poco que sobre el particular se me alcanza.

La moderna Caridad, usando la ortografía de D. Pedro, es ley que cautiva y enamora, y es ley de Amor (¡naturalmente!..... para enamorar..... tiene que ser ley de Amor) con a grande, mas sin cruz, con ce chica; y es código mixto de cristiano y gentil.....

Bueno, ¿y qué?

Hasta aquí la cosa podía pasar, aunque mal; pero luego resulta que esa Caridad con ce grande, que es ley de Amor con a grande, mas sin cruz con ce pequeña, código mixto, etcétera, es todas esas cosas «porque *no llore* la prole de Lutero y de la *Bore*.»

Es decir, porque no lloren los protestantes, pues á éstos supongo yo que alude don Pedro en su logogrifo, llamándolos prole de Lutero y de Catalina.

Verdad es que la manceba de Lutero, la monja criminal y guapa, en cuyos ojos leyó el fraile apóstata la necesidad de reformar la Religión, se llamaba Catalina de Bora y no de *Bore*; pero D. Pedro encontraría el *Bore* en algún libro francés, donde aprendió Ramoncito Nocedal á decir *Bále* y *Mayence* por Basilea y Maguncia; y como, por otra parte, le hacía falta decir *Bore* para concertar con *no llore*.....

En cuanto á los

«Rigores de Filipo y papa Sixto,» supongo yo que *Filipo* querrá decir Felipe, nuestro Felipe II, gran enemigo de los protestantes; pero, ya se ve, diciendo Felipe, lo entendían algunas personas más; y luego como Felipe no es asonante de Sixto, no había asonancia entre el primer hemistiquio y el segundo, y tenía el verso un defecto menos: por eso, para que tuviera uno más, creo yo que se decidió D. Pedro á decir *Filipo*.

¿Y papa Sixto?

Este papa Sixto, con pe chica, parece una broma, como quien dice papa-suegro.

Pero debe de referirse al Sumo Pontífice Sixto V.

Vamos, que no he leído en mi vida cosa más sin sentido que este segundo cuarteto del soneto-epigrama de D. Pedro Madrazo.

Y eso que he leído cosas de D. Antonio Cánovas.

Pues bueno; con ser este cuarteto tan malo y el anterior y los tercetos no ser mejores, hubo un periódico mestizo que tuvo la osadía de decir del autor, lo siguiente:

«El Sr. Madrazo ha comprendido que el asunto se prestaba á los altos vuelos de la verdadera inspiración, y le felicitamos por la idea y por el empeño.»

Diga usted, D. Pedro; ¿se lo creyó usted.....?

Pues otro día, tentado por las voces de un moscajón desfarrapado que sin cesar gritaba: *¡A real el tomo, y á perro grande el tomo! ¡Aquí á elegir! ¡A perro grande, á elegir!* me paré, á la boca de una calle de las que bajan á la del Arenal, ante una librería de desecho.

Era de esas en que están los tomos por secciones, siendo los de una sección baratísimos y los de otra todavía más baratos; y en la sección de *á perro grande á elegir* tropecé con un libraco titulado *Homenaje poético*.

Seguí leyendo la portada, que además de-

cía: *«A S. M. el rey D. Alfonso XII en su feliz advenimiento al trono de sus mayores. Dedicatoria á S. M., por D. Leopoldo A. de Cueto, de la Academia Española. Poesías de 35 ingenios.»*

Basta que ellos lo digan, dije yo para mí, y creo que también para el vendedor, aunque no estoy seguro. Lo cierto es que pagué mi perro grande correspondiente y me traje el librejo para casa, donde, apenas comencé á hojearle, me encontré con otro soneto de don Pedro.

También con cuatro rótulos, y también muy malo; esto no hay necesidad de decirlo.

Véanle ustedes:

«A S. M. EL REY

DON ALFONSO XIII

EN SU REGRESO Á ESPAÑA.

—
SONETO.

Con divina misión y alma gigante
Al seno vuelves de tu Iberia amada,
Donde encuentras doliente y lacerada
A la que vistes, aunque infiel, pujante....»

¡Ave María purísima, cuánto desatino!

Venga usted acá, Sr. D. Pedro; venga usted acá. Que no vale escribir así á santa acierta ó santa yerra, para que luego los lectores se devanen los sesos. Venga usted acá, y tenga la bondad de ir contestando á lo que se le pregunte.

Pasemos por lo de la misión *divina* y lo del alma *gigante*, figuras un poco atrevidas.

Pero ¿quién es esa, á la que viste ó vestía D. Alfonso?

España no debe ser, no sólo porque está desnuda, sino porque dice usted al destinatario del soneto: «Vuelves al seno de tu Iberia amada, donde encuentras..... á la que vistes.»

De modo que esa á la que vistes se encuentra en el seno de España, y por consiguiente, no puede ser España.

Aunque quiera usted que lo sea, que yo creo que sí quiere.

Y luego, ¿quién es, «aunque infiel, pujante»?

Porque aquí lo hay que preguntar todo..... ¿A quién *vestía*, ó á quién *vió* D. Alfonso, aunque *infiel*, *pujante*?

¿O es que ese *pujante*, aunque *infiel*, era el mismo destinatario del soneto?

Vamos, que no se sabe nada.

Como no sea que en el segundo cuarteto se aclaren las cosas.....

Pero ¡quíá!

«De la tenaz Vasconia al moro Atlante
«La audacia fué virtud y ley la espada.....»

¿Fué nada más? ¿Pues qué otra ley tenemos ahora? ¿Me lo quiere usted decir? ¿Y quiere usted preguntar á los diputados de la mayoría fusionista, por ejemplo, á ver qué

otras virtudes conocen más que esa que usted dice?

«Y herida en la satánica algarada
La santa Religión cayó espirante...»

Pero ha tenido en ustedes buenos valedores, buenos. Siga usted:

«Restáurese, á tu ejemplo, el timbre hermoso
Del castellano honor, la fe *perdida*,
Generosa altivez, honor *preclaro*;
Y de un *largo reinado* en el reposo,
La libertad cristiana *escarnecida*
Deba á tu trono y al altar amparo.»

Esto no es poesía, pero tampoco ha resultado verdad.

Es decir, que D. Pedro no se ha acreditado de profeta; porque ni se ha restaurado nada de lo que él decía, ni la libertad cristiana ha debido á aquel trono más que desazones.

¡Como que se llegó al extremo canovista de que al subir un sacerdote á predicar se le ponía un espía debajo del púlpito!...

Pues otra vez, y á la tercera va la vencida, en otra librería de viejo, me tropecé con otro libro titulado *Corona fúnebre*, y también hallé entre sus hojas otra producción de D. Pedro Madrazo.

¡Cuidado, que es porfiado el hombre!

Y esta vez, por desgracia, no era un soneto, que por malo y desgraciado que sea, siempre tiene la ventaja de ser corto. Esta vez, en lugar de ser una combinación de catorce

versos, era una ristra de catorce décimas ó quince.

Véase la clase:

«A S. M.

EL REY D. ALFONSO XII.
CONSUELO EN SU TRIBULACIÓN.

¡Consuelo, sí! Ya verán ustedes como es lo contrario: un verdadero desconsuelo, á lo ménos para la literatura.

«Rey D. Alfonso, no llores...»

Después de este poético principio, cualquiera cosa se puede esperar, aunque sea una sosería como esta:

Tal fué de tu esposa amada
El providencial destino:
Yo la ocasión adivino
De su muerte tan llorada.
Jamás la vi, su mirada
Nunca *cual otros* gocé,
Su senda no holló mi pie...

(¿Qué?)

Mas me dice el pensamiento
Que del cielo al alto asiento
Llamada por Dios no fué.

¡Qué atrocidad! ¡Y qué cosas le dice el pensamiento á este D. Pedro de mis pecados!... Pues ¿por quién fué llamada al cielo? ¿Por su abuelo Luis Felipe?... Difícil sería, porque regularmente no estará allá.

En fin, el caso es que, para explicar esa noticia de que no fué al cielo llamada por Dios, inventa D. Pedro un infundio muy soso, diciendo que si ella le pidió á Dios que no la separara de su marido, que si Dios se lo concedió, que si la dijo ó no la dijo que para estar siempre con él la era mejor morirse y volver en espíritu á vigilarle... con otro montón de incoherencias y de despropósitos capaces de aburrir á la misma difunta.

Esto en cuanto al fondo. Porque en la forma... ¡también hay cada belleza académica de esas que los profanos llamamos desatinos!...

Verbigracia:

«No, la aurora de su vida
No anublaba, Dios clemente.
El miraba complaciente
La hermosa llama *espancida*...

¡Vamos, que también... *espancida!*

Después la dice:

«Dejarás la *codiciada*
Pompa, los mundanos bienes

(¡Qué manera de llamarla *codiciosa!*)

Y aun la hermosura que tienes,
Como *rosa deshojada*».

¡Ah! ¿Las rosas deshojadas tienen mucha hermosura?

Porqué supongo que eso es lo que quiere usted decir, que tenía hermosura *como rosa deshojada*; pues si, por el contrario, quería us-

ted decir que dejaría la hermosura como la rosa deshojada, no debió usted meter allá la pompa codiciada ni los mundanos bienes, que es á lo que en primer término afecta el verbo dejar, porque la rosa deshojada no tiene que dejar bienes mundanos.

¡Esa gramática, D. Pedro, esa gramática!...
 ¿Y esta imagen de la gloria?

«Sólo en el eterno día
 Que colorara tu sien...»

¿Qué tal?... Para decir: «Cuando estés en el cielo», decir: «en el eterno día que colorara tu sien...»

¡Casi bien!

Y ahora vamos á ver este inventario:

«Para tí van á cesar
 El halago de la madre,
 Y del cariñoso padre,
 El solícito anhelar...»

No, el anhelar solícito del padre no cesó hasta este invierno.

¡Dios le haya perdonado!

Pero, además, dice la décima que van á cesar también estas otras cosas:

«El aplauso popular,
 El risueño porvenir...»

Hombre, el porvenir, ó *lo porvenir* como dicen Ramoncito Necedal y Damián Isern y algunos otros pobres diablos, no puede cesar,

porque no ha empezado todavía. Si hubiera empezado, no sería porvenir.

«El aplauso popular,
 El risueño porvenir,
 Las bendiciones oír...»

¿Y la gramática, D. Pedro?

Esa sí que me parece que ha cesado para usted, si es que comenzó.

¿Le parece á usted que está bien eso de

«Para ti van á cesar...
 Las bendiciones oír?»

¡Desgraciada joven, siempre blanco de malas concordancias y de todo género de disparates en vida y en muerte!

Porque ya cuando se casaba, puso el marqués de Miraflores en el balcón de su casa un trasparente que decía: «¡Viva el Rey y la Reinal!»

Y el marqués de Torneros, que era alcalde, puso ó dejó poner en la plaza de Santa Cruz esta copla:

«A los regios consortes
 Los deseamos
 Felicidad eterna
 Por muchos años...»

Parecerá mentira, pero es cierto: lo tengo yo apuntado en mis apuntes, como decía Pidal, el padre.

Volviendo al Sr. Madrazo, dice en otra décima:

«Mas ¡qué vértigo, qué espanto!...
Al lanzarse *al salto enorme...*»

¡Mire usted que convertir á una princesa en
funámbula!

También dice:

«En aquella hora suprema,
Mientras *nos miraba el suelo,*
sumidos en hondo duelo...»

El suelo no mira, señor D. Pedro, ¡qué
ha de mirar! Lo que hace es sostener á las
gentes, aunque no lo merezcan; pero mirar,
no mira.

Y todavía añade usted:

«La mortal *reliquia impura*
De la angélica *sirena...*»

¡Cuánto mote, y cuánto despropósito!
Sirena angélica, y luego *impura...*

Vamos, hombre, que nos va usted á hacer
opinar como el lazarillo.

Porque la verdad es que ¡para ver seme-
jantes versos!...

XI.

Voy creyendo que no le faltaba razón al
criado del ciego, en resumidas cuentas.

Porque ¡cuidado que se ven unas cosas!

Veán ustedes una carta, ó cosa así, que
con el título de *¡Viva Galicia!* muy parecido
al de *¡Viva la Pepa!* nos ha traído *El Correo...*
no el correo de Mansi, que ese en lugar de
traer las cartas, las suele perder, sino *El*
Correo del maestro Ferreras, de parte de don
Manuel Silvela, el académico.

Veánla ustedes... Y si después de verla no
sienten algo así como pesadumbre de tener
vista, digo que no tienen ustedes ni miaja
de amor á la literatura, ni aun á la gra-
mática.

Supongo que sabrán ustedes que este Sil-
vela es aquel *Juan Fernández* que, hace poco
más de tres años, intentó defender el Diccio-
nario de la Academia contra mis censuras,
y no supo sino dejarle peor que estaba; el
mismo que allá en sus juventudes escribió
unos artículos literarios, firmados con el seu-
dónimo de *Velista*, y después, en el año